

Paisajes de *Septiembre*

José Luis Piquero

Aunque lo he leído y, más de una vez, releído, del libro de Luis Muñoz **Septiembre** no poseo un ejemplar propio. Tampoco pienso ahora redactar una elaboradísima explicación de por qué no se me ha ocurrido nunca comprar un espléndido libro de poemas, publicado por una prestigiosa editorial y del que es autor una persona inteligente y simpática de quien me considero amigo. Simplemente son cosas que pasan, pequeñas negligencias con las que uno va acostumbrándose a vivir sin mayor daño. Yo he leído **Septiembre** en el ejemplar de José Luis García Martín, de cuya biblioteca, sin premuras de tiempo en la devolución de los libros saqueados, me sirvo con frecuencia.

Curiosas las relaciones que a veces mantenemos con los libros. A menudo ocurre que es difícil separar el contenido de ellos, la obra literaria, de su envoltorio más o menos casual: una edición concreta o un ejemplar anotado. En este caso, **Septiembre** siempre será para mí un libro un poco ajeno, quizá por la circunstancia más que evidente de no tenerlo a mano para refrescar de vez en vez la memoria de un poema o hacer una consulta, tal como puedo hacerlo con cualquiera de los libros que adornan las estanterías de mi casa. Quizá por eso, pero quizá también por un motivo menos obvio que, ahora sí, forma parte de la naturaleza de **Septiembre** como obra, como conjunto de poemas, y constituye su temática: la ajenidad de lo que ha sido nuestro temporalmente.

Cuando yo era pequeño, solía irme con mis padres de vacaciones al sur. Aparte de un inevitable veraneo en Benidorm, escogimos siempre Andalucía, y en años sucesivos visitamos Málaga, Granada, Sevilla, Huelva, Cádiz... No buscábamos únicamente playa y sol; eso, mal que bien, lo teníamos en Asturias. Recorríamos también los pueblos, las ciudades asfixiantes de calor, las iglesias, hacíamos amigos... Cuando ya en mi adolescencia se interrumpió esa costumbre veraniega y ellos y yo comenzamos a hacer planes por separado, no caí en la cuenta de que dejaba atrás una parte fundamental de mi infancia, la ciudad de la formación, el insistente verano primero de todos los veranos. Guardo ahora de aquellos años una impresión confusa, en la que están mezclados, como en un paisaje, todas las sensaciones y los colores, los nombres y las fechas, las pala-

bras. Son días que, si no borrado, los ha difuminado *la ilusión de un orden*. Pero están ahí.

Si una de las *utilidades* de la poesía es el reconocimiento, el reavivar la memoria de nosotros mismos, de lo que tenemos y de lo que hemos perdido con los años (una utilidad personal, evidentemente), entonces yo debo decir que **Septiembre** es un libro útil: útil para la ensoñación y el recuerdo, útil para la melancolía, que no sabemos lo que es pero constituye una costumbre de humanidad y de inteligencia. Porque Luis Muñoz posee un corazón inteligente y eso se nota en unos poemas con los que resulta fácil identificarse y asentir, lo que no significa que Luis Muñoz halague a su público con alguno de los trucos consabidos.

Comentando **Los regresos**, serie de poemas posterior a **Septiembre**, escribí en cierta revista que la poesía de Luis Muñoz tenía apenas que ver “con la fácil complicidad de cuerpos y de copas nocturnas que nos proponen algunos poetas jóvenes”, y añadía: “Insiste en el tono reflexivo, apagado y taciturno que hacía de **Septiembre** un libro no muy llamativo en un primer acercamiento pero de indudable belleza y profundidad”.

Imagino que una anécdota con gracia y bien contada, un tono mundano y profusión de detalles realistas son ingredientens que provocan en muchos lectores una identificación inmediata. En cualquier caso, un poema construido con esos materiales tiene garantizada, si el arquetipo es competente, la aquiescencia general. Mucho más difícil resulta llegar al corazón y a la inteligencia del lector con una poesía interiorizada, desnuda de referentes biográficos y cotidianos directos, una poesía de sensaciones. Ignoro si la crítica, al comentar **Septiembre**, ha subrayado esa dificultad, la complejidad de un lenguaje que no nombra las cosas sino que las describe desde la periferia del asombro, “como quien roba a tientas / el oro de la tarde”. No resulta por ello menoscabada la capacidad narrativa o, por mejor decirlo, la comunicación lineal, el vínculo de la palabra poética con la materia experiencial reconocible y directa; así el poema “Fábula del tiempo”:

Seguramente, si lo piensas,
estos años no van a repetirse.
Vivirás su carencia irremediable,
se llenará de sombras tu mirada,
te habitará el vacío y, con el tiempo,
se destruirá tu imagen del espejo.

Y esperarás cansado, te aseguran,
muchas tardes morir en tu ventana,
buscando en la memoria
ese tiempo feliz, siempre perdido,
esa estación dorada que tuviste
y que debe ser ésta, más o menos.

Septiembre es, como reza la escueta nota de la contraportada, “una reflexión descreída y melancólica sobre la conciencia primera del tiempo ido, sobre el final del verano de la primera juventud”. Pero es también, y sobre todo, un libro sobre la sed de amor. Algunos de los poemas que yo prefiero tratan de la soledad de quien ha amado y busca de nuevo el amor con insistencia pero sin convencimiento, como si ese verano de la juventud hubiese dejado al irse tan sólo escepticismos y unas manos vacías: “...ahora el amor te falta / como siempre que buscas / el fondo de un paisaje”. Ese paisaje es el paisaje humano, el paisaje de los sentidos y el paisaje de los sentimientos; el paisaje del pasado.

“Vivir, vivir en la zona cálida del amor”, exclamaba en un raro opúsculo, **La voz de los mitos**, el raro Victoriano García Martí. De ese deseo imposible trata **Septiembre** y quiero resumir todo ello con las palabras del propio Luis Muñoz en uno de los poemas más significativos de este libro ya significativo de su generación, el poema “Definiciones”:

Ninguna otra cosa ha querido
sino un mínimo espacio
al que acudir secretamente
cobijado por las cálidas manos
de la memoria familiar.

La codicia de un día
le gana casi siempre,
y le obliga a esperar
los mejores momentos.
Por eso en el cristal
se borran las imágenes futuras.
Por eso ama sin consuelo
la clara geometría de lo que aún no es.

Sus edades se fueron
en un solo verano interminable.
Los días se coinciden
por ser insuficientes
y, al cabo, halló palabras,
pero no claridades.